

**Olalla.**—Mientras Olalla esté junto al Empecinado, al Empecinado no le será imposible la paz. (*Breve pausa.*) Estás cansado, Juan Martín. Necesitas dormir. Apóyate en mí, y duerme. Una hora, al menos... (*Juan Martín, poco a poco, se reclina sobre Olalla, apoya su cabeza sobre las piernas de ésta con la cara hacia arriba, y queda mirándola fijamente, fascinado por la delicada ternura maternal de su amante.*) Duerme. Duerme... (*Canta.*)

Duérmete, Empecinado,  
duerme sin prisa,  
que este pueblo de España  
te necesita.

Duérmete, Empecinado,  
duerme y descansa,  
que después de esta guerra  
te espera España.

(*Mientras Olalla canta la segunda estrofa, va oscureciéndose lentamente la escena.*)

### Estampa III

Entre mi enemigo y yo

*La misma decoración que en el cuadro anterior. Unos minutos más tarde. Penumbra.*

#### Escena I

Juan Martín y Olalla

(*Al iluminarse la escena, Juan Martín sigue durmiendo sobre el regazo de Olalla. Al cabo de unos segundos, un golpe de aldaba en la puerta de la calle.*)

**Olalla.**—Va, va...

**Juan Martín** (*despertando súbitamente e incorporándose*).—¿Quién llama? (*A Olalla.*) Me había dormido...

**Sardina** (*desde dentro*).—Soy Sardina. Hay algo que debes conocer, Juan Martín.

**Juan Martín.**—Voy.

(*Juan Martín se dirige hacia la puerta y la abre. Entra Vicente Sardina.*)

#### Escena II

Juan Martín, Olalla y Sardina

**Sardina** (*entrando*).—Perdóname, pero este pleito sólo tú puedes resolverlo.

**Juan Martín** (*con cierta alarma*).—¿Qué pasa? ¿Contraatacan los franceses?

**Sardina.**—No, es otra cosa. Uno de los prisioneros, un capitán de húsares, ha intentado fugarse, y el centinela le ha herido en un brazo. Al detenerle de nuevo, ha cerrado la boca, y no ha habido Dios que pudiera sacarle una palabra. Yo sospecho que no es francés; vamos, que es español. Y tratándose de un oficial, tú eres el que debes tomar cartas en el asunto.

**Juan Martín.**—¿Un oficial, dices?

**Sardina.**—Sí; de húsares.

**Juan Martín.**—Ahora lo recuerdo. En lo más duro del meneo de esta mañana, cuando ellos cargaron; venía derecho hacia mí; y si el Crudo no le mete a su caballo una bala en el pecho, no sé en qué habría parado aquello. (*Breve pausa.*) ¿Dónde está?

**Sardina.**—Ahí fuera, entre dos hombres de mi partida.

**Juan Martín.**—Traelo tú. Esos hombres, que no entren. (*Sale Sardina.*) Y tú, Olalla (*dirigiéndose a ésta*), deja que Sardina y yo resolvamos a solas este asunto.

**Olalla** (*con ironía un poco melancólica*).—Esta vez, al menos, Francia no traerá perfumes. (*Sale Olalla por la puerta lateral.*)

### Escena III

#### Juan Martín, Sardina y Diego

(*Queda Juan Martín solo. A los pocos segundos, entran Sardina y Diego Baeza. Este vestirá uniforme de capitán de húsares del ejército francés y llevará el brazo izquierdo, toscamente vendado, en un cabestrillo.*)

**Juan Martín.**—¿Herido? ¿Es cosa grave? (*Silencio de Diego.*) Además de herido, mudo. ¡Vamos, responde! (*Diego sigue en silencio.*) ¿Qué pasa? ¿Estás sordo, estás mudo o no quieres hablar? Porque entenderme, me parece que me entiendes. (*Persiste el silencio de Diego.*) Por lo visto, te propones hacernos perder la paciencia. En fin, tú lo has querido. (*Se acerca a Diego y le sujeta con fuerza el brazo sano.*) Regístrale, Sardina. (*Hácelo Sardina, y en la cartera del uniforme de Diego encuentra un papel.*) Vaya, ya tenemos algo. (*A Sardina.*) Dame ese papel. (*Sardina se lo da, y Juan Martín lo lee.*) Mucha letra francesa hay aquí. Ya veo: es tu nombramiento. Y aquí hay un nombre, que tiene que ser el tuyo. ¿Te llamas Diego Baeza? (*Este no responde.*) Vamos, amigo, ponte en razón, o tendré que perder los buenos modos. ¿Te llamas Diego Baeza? **Diego** (*después de un nuevo silencio, irguiéndose con dignidad*).—Sí.

**Juan Martín.**—Ya vamos sabiendo algo. ¿Eres español?

**Diego.**—Sí.

**Juan Martín.**—¿Y por qué vistes ese uniforme?

**Diego.**—Porque es el mío.

**Juan Martín.**—¿El tuyo?

**Diego.**—Soy capitán de húsares.

**Juan Martín.**—¿Del ejército francés?

**Diego.**—Del ejército francés.

**Juan Martín.**—¿Y cómo, no siendo francés, has ascendido tan ligero?

**Diego.**—No he ascendido. Antes fui capitán de caballería del ejército español.

**Juan Martín** (*tras una breve pausa; con gravedad*).—Lo que faltaba para redondear el día: primero un asesino, luego un ladrón y ahora un traidor. (*A Sardina.*) ¿Qué hacemos, Sardina)

**Sardina.**—Pegarle un tiro en la nuca y enterrarlo. Así sabrá bien lo que pesa la tierra de España.

**Juan Martín.**—Ganas, no me faltan. Pero a un hombre, aunque sea un traidor, no se le puede condenar sin haberle oído. (*Breve pausa.*) ¿Qué hacemos? ¿Le mandamos al Cuartel General o le juzgamos aquí?

**Sardina.**—¿No eres tú general? Aquí puede ser el juicio.

**Juan Martín.**—Tienes razón. Aquí será el juicio. (*Breve pausa.*) El Crudo, tú y yo formaremos el tribunal; el cura Mingarro será el secretario. Sácalo, y que tus hombres le custodien. Luego buscas al Crudo y al cura y venís los tres cuanto antes.

**Sardina.**—A tus órdenes.

(*Salen Sardina y Diego.*)

## Escena IV

### Juan Martín y Olalla

(*Queda Juan Martín solo. Pasea lentamente por la escena con expresión meditabunda. Luego se acerca a la puerta lateral y la abre.*)

**Juan Martín.**—¡Olalla!

**Olalla** (*dentro*).—Voy, Juan Martín.

(*A los pocos segundos, entra Olalla.*)

**Juan Martín** (*con voz grave*).—Olalla...

**Olalla** (*alarmada*).—¿Qué te pasa?

**Juan Martín.**—Lo peor que podía pasarme. La cobardía de la gente, la aguanto; después de todo, querer vivir no es cosa mala. Lo que no puedo aguantar es la traición.

**Olalla.**—¿La traición? ¿Quién es el traidor?

**Juan Martín.**—Uno de los prisioneros no es francés; es un capitán español que está sirviendo a Napoleón. Contra nosotros luchó esta mañana.

**Olalla.**—¿Y eso te hace sufrir?

**Juan Martín.**—Mucho. El pensar que un español es mi enemigo, me quema el alma.

**Olalla** (*dura*).—Manda que lo maten; más que el Tuerto no vale. (*Acercándose a Juan Martín con amor.*) Un traidor no merece que tú sufras.

**Juan Martín.**—Tenemos que oírle. Sardina, el Crudo y yo vamos a formar el tribunal del juicio.

**Olalla.**—Tiempo perdido. Es traidor, y basta.

**Juan Martín.**—Olalla, nunca es tiempo perdido el que se emplea en oír la verdad de un hombre.

**Olalla** (*mirando con respeto a Juan Martín*).—Mucho vales, Juan Martín. Porque sé que te molesta, no te repito lo que antes te dije.

**Juan Martín** (*con tono ligero*).—Deja esos cumplidos para los gabachos con su Napoleón. Aquí todos somos pueblo, y cada gallo tiene su pepita... y su cresta. (*Gravemente otra vez.*) Hay traidores, sí; pero ¿dónde no los hay? (*Escuchando.*) Me parece que ya están ahí Sardina y el Crudo. (*Golpe de aldaba en la puerta.*) ¡Adelante!

(*Entran Sardina, el Crudo y el cura Mingarro. Este vestirá un uniforme mixto de sotana y guerrera, y llevará sable al cinto.*)

## Escena V

Juan Martín, Olalla, Sardina, El Crudo y el Cura Mingarro

**Sardina.**—Aquí estamos.

**Juan Martín** (*al Crudo y al cura Mingarro*).—Ya os ha dicho Sardina de qué se trata. Para mí, un trago peor que una carga de coraceros. (*Al cura Mingarro.*) Cura: ¿ha traído papel y pluma?

**Cura Mingarro** (*mostrando el toscó estuche que lleva consigo*).—De todo traigo. Guerrillero, cura y escribano. No os quejareis del servicio que presto en la partida.

**Juan Martín.**—Buen sable, buena letra y buen *requiescat in pace* cuando le llegue a uno su hora. No está mal. (*Breve pausa.*) No hay que perder tiempo, si queremos salir de este pueblo a media noche.

**Crudo.**—¿Qué hemos de hacer?

**Juan Martín.**—Constituir el tribunal, como diría uno de los del Cuartel General. Pondremos la mesa en el centro, y una silla delante. El cura, en uno de los costados. Adelante.

(*Dirigidos por Juan Martín, Sardina y el Crudo disponen la mesa en el centro de la escena, con tres sillas en uno de sus lados largos, otro en uno de los cortos y otra frente a ella.*)

**Sardina.**—¿Así?

**Juan Martín** (*contemplando el conjunto*).—Así está bien. El lugar no da para más. (*Breve pausa.*) Ahora, Sardina, ve a buscar al traidor.

(*Sale Sardina.*)

## Escena VI

Juan Martín, Olalla; El Crudo y el Cura Mingarro

(*Prodúcese un breve silencio. Lo rompe Juan Martín.*)

**Juan Martín** (*al cura Mingarro*).—Cuando decía misa en Fuentecén, ¿quién le iba a decir a usted, cura, que iba a verse metido en estos berenjenales?

**Cura Mingarro.**—Para todo lo que se presentara me eché yo al monte contigo, Juan Martín. En estos tiempos que corremos, hay que servir a Dios con el tabuco.

**Crudo.**—Y *usté* no lo hace mal, que digamos.

**Juan Martín.**—Quitando al cura de Villoviado, que con ese no hay cristiano que compita, que me digan a mí dónde hay un guerrillero como nuestro don Venancio Mingarro.

**Cura Mingarro.**—Se hace lo que se puede. Y en lo demás, lo que decíamos en el seminario: *nemo dat quod non habet*.

**Crudo.**—No nos venga con latines, don Venancio. ¿Qué quiere decir eso?

**Cura Mingarro.**—Que si no doy más de mí, es porque más no tengo.

**Juan Martín.**—Por curiosidad, cura: ¿qué le gusta a usted más, el rosario o el tabuco?